

*A propósito de Vida y Obra de Manuel J. Calle,
biografía escrita por Oscar Efrén Reyes.*

por

*Dr. Santiago Páez G. **

*H*ubo un tiempo en el que leímos biografías. No lo hacíamos en un ejercicio académico, no las leíamos como historiadores o como antropólogos. No nos interesaba utilizar los datos que nos proporcionaban para comprender épocas lejanas o culturas distintas. Las leíamos por puro placer. Como se leen las novelas, las leíamos porque estaban llenas de complejidades psicológicas, grandes actos de valor o sacrificio, desgarradoras decisiones que alteraban vidas individuales, transformaban sociedades o conmovían imperios. Las leíamos ávidos de extremos, de grandeza, de aventura, en una palabra.

Pero claro, no eran novelas. Nos referían las acciones, pensamientos y sentires de hombres y mujeres que habían vivido de verdad, con fechas de nacimiento y defunción, sabíamos que eso que nos contaban era real. Leíamos las biografías azuzados por un placer novelesco, pero esa convicción de la identidad entre lo narrado y el mundo nos obligaba a que las aprehendiéramos como algo que iba más allá de la ficción: de alguna manera, la evidencia de que esas portentosas acciones eran verídicas, nos instaba a enfrentar nuestras vidas, nuestros valores; nos permitía atisbar, aunque solo fuera en el simulacro de la experiencia de otro, lo que podríamos ser nosotros mismos abocados a similares extremos.

Si. Leíamos biografías por placer novelesco y las asimilábamos como modelos de vidas probables. No era poco.

Ya no se leen así las biografías. Ya casi no se leen.

Será, supongo, resultado de esta conciencia que sufrimos de ser títeres en las manos del gran titiritero que son los movimientos históricos. Durkheim en el positivismo, expulsó al sujeto de los hechos sociales, algunos marxismos lo hicieron también. Asumimos así la noción de que los individuos poco hacen o pueden hacer en el devenir de la historia, poco más que allanarse a su curso a veces fragoroso, a veces lento al punto de empantanar sus flujos hasta la putrefacción. Y asumida esta noción de la inanidad de la acción individual, las biografías dejaron de ganar adeptos en las nuevas generaciones, pasaron de moda.

Tal vez un signo de la naturaleza de estos tiempos que vivimos sea el tipo de biografías que aún se consumen: las del escándalo, aquellas de los que son famosos por el número de divorcios que han provocado o por la cantidad de psicotrópicos que han ingerido.

Pero hubo una época en la que leímos maravillosas biografías. Obras que estaban a caballo entre la literatura y la historia. Usualmente nos contaban las vidas de personajes importantes del pasado: políticos, héroes, mártires, villanos, artistas...Personas reales del pasado. Actores fundamentales de la historia.

¿Quiénes las escribían? A veces los historiadores, más frecuentemente los literatos. Y es que no hubiera sido conveniente, dejar a los historiadores, que son gente tan seria, la exclusividad de un campo donde debía campear la imaginación. Las vidas de sujetos tan desmesurados como Bolívar, Napoleón o Tolstoi difícilmente podían ser contadas por los historiadores que son gente tan mesurada y exacta. En todo hay excepciones, claro. A veces, la fascinación de una vida intensa y apasionada, convertía a los historiadores en literatos. Cuando Oscar Efrén Reyes nos cuenta la biografía de Manuel J. Calle, se apasiona, como veremos, se vuelve literato.

Pero antes de entrar en la obra de Reyes sobre Calle, puntualicemos algunos conceptos. ¿Cómo se convierte en un ámbito de la literatura

un referente que es, en principio, coto privado de la historia? Veamos un ejemplo:

Stefan Zweig, quien también tuvo una vida apasionada que terminó, en un acto extremo, dentro de una habitación de hotel en el Brasil, nos cuenta así la muerte de María Estuardo, la infortunada reina:

...ahora, el verdugo y su ayudante, con sus enmascarados semblantes, se postran ante María Estuardo y piden perdón por la muerte que están forzados a darle, y María Estuardo les responde: "Os perdono de todo corazón, pues espero que esta muerte pondrá término a todos mis dolores". Solo entonces se alzan el verdugo y su ayudante y se preparan para su obra... Ahora ya no hay mucho que hacer. Solo apoyar la cabeza en el tajo, al que abraza con ambos brazos, como amante de su muerte... El primer golpe del verdugo ha acertado mal; no ha caído en la nuca sino sordamente en la parte posterior de la cabeza. Un estertor, un quejido brota ahogadamente de la boca de la martirizada, pero no es un grito...

Para la historia era suficiente consignar que María Estuardo fue decapitada el 8 de febrero de 1587. ¿Para qué todos esos detalles? ¿Para qué la truculencia? ¿Para qué tanta elegancia? No para la historia, por supuesto. Todo ese atroz relato lo crea Sweig para la poesía.

Podríamos abundar en ejemplos como el citado. Están las otras biografías del mismo Sweig, las de Emil Ludwig sobre Lincoln o Napoleón o las de Henry Troyat sobre Pedro el Grande, Catalina la Grande o Tolstoi.

¿Por qué afirmamos que todos estos biógrafos trabajaron más para la poesía que para la historia?

Porque todos los autores citados, Oscar Efrén Reyes entre ellos, construyeron personajes a partir de los datos que recabaron de fuentes históricas: documentos, testimonios, epistolarios. Y los personajes son hechos de la poética, más que de la historia.

Revisemos pues, de manera sucinta, la noción de personaje y su relación con la persona.

Persona, para el Diccionario de la Real Academia es, en sus distintas acepciones:

Individuo de la especie humana.//Hombre o mujer cuyo nombre se ignora.// Hombre distinguido en la república con un empleo muy honorífico y poderoso// Hombre de prendas, capacidad, disposición y prudencia.//Personaje de una obra literaria.

Como vemos, las primeras acepciones determinan que las personas son realidades materiales, es decir seres en el mundo. Y como tales, podemos inferir que son complejísimas. Las constituyen infinidad de componentes, las atraviesa un sinnúmero de determinantes sociales y culturales, las abisma el pozo insondable de su inconsciencia. Seres difíciles de aprehender, las personas.

Pero el Diccionario de la Real Academia, en su sabiduría, nos menciona también la noción de personaje, y de personaje literario. Un personaje es, para la ciencia literaria una creación del autor quien, a partir de un conjunto de rasgos físicos, intelectuales y morales, y de acciones, nos convence de que nos está presentando a una persona: Emma Bovary, Robinson Crusoe o Sancho Panza. Pero el autor nos engaña, nos seduce y nos engaña. Como un prestidigitador nos da una docena de datos y nosotros construimos con ellos un personaje, relacionándolos, barajándolos en nuestra imaginación. El engaño es tan efectivo que a veces los personajes nos parecen personas, a veces nos parecen más verosímiles que las personas que conocemos.

Decía Foster del personaje:

Generalmente nace, es capaz de morir, desea poco alimento y necesita poco sueño, y está incansablemente ocupado con las relaciones humanas. Y, lo que es más importante, de él podemos saber más de lo que podemos saber de nuestros prójimos, porque su creador y el narrador son la misma persona.

¿En qué se diferencian las personas de los personajes? ¿En qué se parecen?

Psicólogos como Watzlawick, Beavin y Jackson afirman que en nuestro aturrido deambular por entre las cosas y las gentes de este mundo, no conocemos personas, nos construimos personajes a partir

de un conjunto limitado de rasgos que podemos percibir en nosotros mismos y en quienes nos rodean. Las personas son inconocibles y, por tanto, las asumimos como personajes en nuestra cotidianidad: abstraemos de ellos una docena o más de características que nos parecen pertinentes, las relacionamos y concluimos, alegre y apresuradamente, que las conocemos. No es así, pero esa ficcionalización de nuestros semejantes es un hecho inevitable.

Un biógrafo no actúa de manera distinta. Del cúmulo de rasgos, datos, actos, temores, odios, amores y desengaños que descubre en la investigación sobre su biografiado, selecciona algunos, deshecha otros y nos construye un personaje.

La creación de los personajes, como vimos, se produce tanto en la psicología como en la poética; los biógrafos están más cerca de esta última, al cabo nos muestran un personaje en su accionar durante un tiempo determinado y en un espacio definido, es decir, nos construyen relatos.

Por esto los biógrafos nos brindan más que el escueto dato histórico, por esto son capaces de estremecernos, como lo hace Troyat cuando nos describe el suplicio del zarévich Alexis ordenado por su padre Pedro el Grande:

“Dos días más tarde es llevado a la cámara de tortura y levantado sobre el tormento, de modo que sus pies no tocan el suelo y que todo su peso pende de sus brazos distendidos y retorcidos. Así sufre veinticinco golpes de knut. Con las carnes de la espalda abiertas, aúlla de dolor y entre estertores confirma su confesión. Pedro asiste al suplicio. A cada singladura espera una revelación que justifique su odio. El olor de la sangre y del sudor lo enfurecen. Cuando el verdugo lo consulta con la mirada, dice: “¡Continúa!”.

Si, como hemos visto, los biógrafos crean personajes a partir de la información parcial que nos brindan sobre las personas de sus biografiados. Lo hacen como los autores literarios, en el ejercicio de la predicación: atribuyen acciones y cualidades a unos actores, nos dicen como son, qué hacen y de qué manera se relacionan con los otros personajes y con el mundo. Don Quijote, por ejemplo lee libros

de caballería, enloquece y sale al mundo a desfacer entuertos, enfrentar a los esbirros de la Inquisición y atacar molinos de viento.

Oscar Efrén Reyes, cuando nos cuenta la *Vida y obra de Manuel J. Calle*, nos construye un personaje. Veamos como lo hace.

Reyes publica su obra sobre Calle en 1930, apenas doce años después de la muerte del que en su palabra fue gran periodista, patriota, inquebrantable, rebelde. La pequeña biografía tiene apenas cuarenta y cinco páginas, en ella Reyes nos representa a un hombre complejo, contradictorio, fascinante. La obra está dividida en cinco acápites titulados: *El periodista y su público. Impresiones sobre el hombre. El hombre, la evolución y el ambiente. Los aspectos menores de la obra de Calle. La gloria de Manuel J. Calle.*

Ya con esta disposición de los subtemas de la biografía podemos inferir cual es el trabajo de construcción de personaje que hace Oscar Efrén Reyes. Primero no habla de las azarosas relaciones que tuvo el periodista con sus lectores, a los que fascinó, escandalizó y enfureció. El público tuvo con Calle una de esas relaciones que ahora se llaman de amor-odio. En el segundo acápite nos muestra las características del personaje, como era, como se construyó a sí mismo. En el tercero, nos habla de su evolución, de su vinculación a la prensa, el aprendizaje del oficio de periodista, la relación difícil que tuvo con la política, con el poder. Al final nos habla de los logros periodísticos y de las limitaciones de Calle, de su insuficiencia como narrador o crítico literario.

Como lo haría un buen literato, Reyes no empieza por el principio, por el nacimiento y la formación de su biografiado. Empieza por el final, con eso consigue un efecto dramático, nos cuenta lo que dijeron los amigos y los enemigos de Calle a raíz de su muerte, nos interesa en el relato. Un novelista no lo haría mejor.

Y desde el final, desde la muerte de este individuo complicado, "ángel disfrazado de demonio", que dijera otro de sus biógrafos, Reyes nos empieza a construir el personaje.

Inicia su trabajo presentándonos la estampa de Calle, su apariencia física, nos dice:

“Erase don Manuel J. Calle un hombre pequeñito, flaco, muy débil y casi transparente. Nunca había sido robusto tampoco. Pero su delicada contextura física se hizo más escurridiza aún por el exceso de trabajo intelectual y el eterno trajín por redacciones misérrimas, por ayunos frecuentes en horas de persecución y angustia, y por la fiereza del clima en que le toco vivir.”

Calle no sufre solamente limitaciones físicas, también su personalidad es díscola, difícil. Es, en su juventud y edad madura, alcohólico:

“Alcohólico, pues, transformábase en un hombre excepcionalmente verboso, alegre y francote, manirroto, chunguero y muy picaresco. A veces invocando las genialidades de su obra, relampagueante y vívida, sentíase pleno y glorioso, o, dando una súbita pirueta moral, recordando los infortunios de su existencia, poníase espantosamente triste y humilde...”

En sus últimos años, la debilidad se ensañará en Calle, las privaciones y los excesos mencionados, habrán mellado al extremo esa dotación tan pobre que le diera la naturaleza, es así como nos lo expresa Reyes:

“Cuando (en la última etapa de su vida) accidentalmente sale de casa, su cerebro va como vacío y parece sentir vértigos. El público que le ve pasar olvida por un momento la notoriedad del escritor, y fija más bien la atención en la suma fragilidad de esa vida, diminuta y, a la vez, heroica...”

Porque Reyes nos construye también un personaje heroico. Aquí ya entramos en las cualidades morales e intelectuales que, de Calle, nos muestra su biógrafo, quien recurre casi a la figura de la contradicción para representarnos mejor al periodista: un hombre física y emocionalmente tan mal dotado para el heroísmo es, sin embargo, un héroe intelectual y ético.

Ante todo, Calle es un rebelde, desde el inicio de su andadura. Se enfrentará con su entorno provinciano, abandonándolo para emigrar a Guayaquil, se enfrentará con clérigos y gobernantes, se enfrentará con el mundo entero y lo hará de manera formidable gracias a su capacidad intelectual y a su rigor moral.

En lo intelectual Calle es un incisivo analista de su tiempo y de su entorno, todo lo comprende; su intelecto se convierte en un escalpelo que todo lo disecciona sin piedad ni miramiento. Reyes al respecto nos dice:

“Hacia falta un hombre atrevido, y este encarnó en el joven inmigrante del Azuay, para analizar sin miedo ni vacilaciones, la verdad de los “valores” creados por la superstición pública. Analizó a los poetas, y los encontró cursis; analizó a los literatos, y los encontró sin gramática, sin cultura clásica y hasta sin sentido común; analizó a los hombres públicos, y descubrió que, en gran parte ellos, de público no había sino su impudicia y audacia...”

Luego de conocer así su entorno, Calle escribe, dice comunica esa descarnada y cruel comprensión que logra de su sociedad, de su mundo. Y, en un ejercicio que nos permite captar las cualidades morales del personaje, escribe, ejerce como periodista ese papel de vocero de la verdad horrible, y lo hace sin claudicaciones, incorruptible, sin que la tensión de su estética se afloje o vacile un instante.

Es liberal, lucha junto con los liberales hasta con el fusil (algo extremado en un hombre tan débil) y cuando sus coidearios, ya en el poder, claudican, se corrompen, los impugna, los cuestiona y denosta y los convierte en sus enemigos. Nos cuenta Reyes:

“Andando los tiempos, la actitud independiente de Calle no será perdonada. Alfaristas y placistas no verán en él sino al inconsecuente, el mal agradecido y lenguaraz.

Los entrañables amigos de hace pocos años, serán los más implacables enemigos del escritor.”

Calle, enfrentado a sus ex compañeros, sufre el escarnio de los necios encumbrados al poder. En esa confrontación con los corruptos nos dice Reyes, Calle sale perdedor:

“Y llega el momento- ¡Oh momento, que nunca podrá ser recordado sin una oleada de terrible indignación!- en que ya no es mas que un desocupado, que deambula febrilmente por oficinas y juzgados;

buscando trabajos de amanuense para vivir, pues nunca tuvo mala letra."

Su lucidez intelectual y su rigurosidad moral son su naturaleza y su destino. No puede evitarlas, no puede evitar tampoco las consecuencias dolorosas que le supondrán.

Y sin embargo, gracias a ambas cualidades, en la cúspide de su vida el débil personaje, el flaco y transparente Calle se convierte en un gigante, en un esmirriado y diminuto gigante. Es que sabe todo de todos y es muy capaz de decirlo. Y ese conocimiento y ese desparpajo lo hacen peligrosísimo. Dice Reyes:

"Los enemigos insisten en que el periodista suele llevar un libro de anotaciones, especie de índice de personas y errores muy humanos, con nimios detalles, para usarlo a tiempo. También aluden a la existencia de una lista de palabras de significado horrendo, que Calle aplica, con increíble facilidad y justeza, según los casos y circunstancias."

El pequeño provinciano flacucho llega convertirse así en un inmenso mago negro de los saberes y las palabras. No es pequeño el logro. Y fue el único logro que tuvo.

Excepción hecha del éxito mencionado, Calle, el personaje construido por Reyes, es un derrotado, un perdedor. No fue feliz, sus desventuras conyugales fueron de lo dramático a lo grotesco, vivió pobre, enfermo, murió malquerido.

Su gran derrota proviene de la confrontación con el entorno. Dice el biógrafo, citando a Zaldumbide:

A Manuel J. Calle "faltóle erguirse sobre el pedestal que presta un gran país a sus hombres aún de menor talla; faltóle una tribuna de universal resonancia. Su país, pequeño, le contuvo dentro de sus límites, le cobijó con sus horizontes encapotados" ...

A Calle lo venció un medio de corrupción, mediocridad y limitaciones que no pudo brindarle un adecuado sustento para su inteligencia. Un medio que con sus urgencias le alejó de la cultura universal, un medio que con sus sobresaltos, zozobras y miserias le exigió agotarse de inmediato. Estas limitaciones le impidieron ser

todo lo que pudo ser, fruto de ellas, por ejemplo es, según Reyes, su poca aptitud para la crítica y la creación literarias.

De la creación no periodística de Calle, Reyes menciona las *Leyendas del tiempo heroico y las Leyendas Históricas de América*; Las caracteriza como pintorescas, obras menores, fáciles, desenfadas en la exposición de caracteres...No le gustaron a Reyes las Leyendas, y de la novela de Calle, Carlota, no habla.

El biógrafo es mucho más duro en su juicio sobre la capacidad de Calle para la crítica literaria. Dice:

“Era un crítico de formas. Y para mayor especialización en este ejercicio unilateral, decidió por la práctica, juntamente con actitudes y gestos,-de aquella especie de crítica, superficial y rencorosa...en la mayoría de las veces se demostró más bien, palabrero e injusto.”

Así nos construye Oscar Efrén Reyes este personaje. Gracias a las cualidades físicas y morales e intelectuales que selecciona y presenta, nos entrega su perspectiva de Manuel J. Calle, se nos muestra como un hombre frágil, brillante, inquebrantable, rebelde, insobornable y derrotado.

¿Podríamos construirnos otra representación de Calle? ¿Un hijo, un nieto, un bisnieto de Calle estaría de acuerdo con la visión que de él nos da Reyes?

Las dos preguntas son irrelevantes. Reyes consigue, con su biografía, construir un personaje intenso contradictorio, extremado, heroico. Un personaje que nos fascina, no ha de pedírsele más a un biógrafo.